

# Gandhi y la sexualidad

Ignacio Solares

No sólo la Iglesia católica, también el hinduismo tiene una actitud ambivalente hacia lo sexual. Por una parte, el culto del *lingam*, las esculturas eróticas de los templos, el *Kama Sutra* y las hierbas afrodisíacas. Por otro, *brahmacharya*, la abstinencia sexual, la ansiedad que provoca la pérdida del semen y sus efectos de debilitamiento, acompañado de un resentimiento inconsciente contra la mujer, que es su causa.

El ejemplo más claro de esa actitud negativa ante el sexo es un héroe hindú, nada menos que Gandhi. El estudio de Arthur Koestler al respecto es revelador. Nos dice: “La actitud negativa de Gandhi hacia el sexo nos recuerda la de Tolstoi, en la que se inspiraba en parte; pero la de Gandhi era más violenta y confusa”. ¿Podría haber una actitud más negativa hacia el sexo que la de Tolstoi? (Tolstoi tenía dos fobias: el sexo y la poesía, casi nada).

Una explicación de sus orígenes podría ser el episodio, relatado en su autobiografía, de la muerte de su padre mientras él hacía el amor con su esposa. En esa época Gandhi tenía 16 años (se había casado a los catorce) y había pasado la tarde, como de costumbre, atendiendo a su padre enfermo. Su tío lo relevó unos minutos y Gandhi fue a su recámara a encontrarse con su esposa, con la que se encontraba haciendo el amor cuando el tío dio fuertes golpes en la puerta. El padre de Gandhi había muerto.

“Corrí al cuarto de mi padre. Me di cuenta de que si la pasión animal no me hubiera cegado, me habría ahorrado la tortura de estar separado de mi padre en los últimos momentos. Habría muerto en mis brazos. Esta vergüenza de mi deseo carnal fue una mancha que nunca he sido capaz de borrar ni de olvidar”.

Los efectos de esta actitud sobre sus hijos están bien documentados por Koestler. Se negó a enviarlos a la escuela porque deseaba moldearlos a su propia imagen y, puesto que él había renunciado al sexo, esperaba lo mismo de ellos.

Cuando Harilal, su hijo mayor, quiso casarse a los dieciocho años, Gandhi le negó el permiso. Sin embargo, Harilal lo desobedeció, por lo que Gandhi “renegó de él”. Pero doce años después, en 1918, la esposa de Harilal murió de influenza, y él decidió volverse a casar puesto que tenía niños pequeños a los que una mujer debía atender. Una vez más, Gandhi se opuso. Y ahora sí, incomprensiblemente, Harilal le hizo caso, al mismo tiempo que empezaba a neurotizarse y a alcoholizarse, además de volverse aficionado a las prostitutas. El resentimiento hacia su padre se tradujo en una carta que publicó con el seudónimo de Abdullah. Gandhi le contestó, lo que equivalía a denunciar en público a su propio hijo:

“En efecto, soy el padre de Harilal M. Gandhi. Es mi hijo mayor, tiene más de treinta años y es padre de cuatro hijos. Hace quince años descubrimos que sus ideas y las mías eran diferentes... Era y es aún muy ambicioso. Quiere hacerse rico fácilmente... Los hombres pueden ser buenos, pero sus hijos no lo son necesariamente”.

Padre e hijo no volvieron a verse.

La actitud de Gandhi con su segundo hijo, Manilal, no fue mejor que con el primero. A los veinte años, Manilal cometió el (para su padre) imperdonable pecado de perder la virginidad con la mujer que era su novia. Ella no quedó embarazada, pero comentó el incidente a sus padres, quienes a su vez se lo dijeron a Gandhi. Este hizo una escena en público, poniendo

do en ridículo a su hijo, ayunó en penitencia y decretó que nunca permitiría que Manilal contrajera matrimonio. Incluso, logró convencer a la pobre muchacha culpable de que se afeitara el pelo, algo que en aquel entonces (y ahora mismo, claro) era uno de los mayores castigos que se podría infligir a una mujer. Tuvieron que pasar quince años para que Manilal desobedeciera a su padre y contrajera matrimonio... con otra mujer.

La verdad es que la actitud de Gandhi hacia sus hijos era abiertamente cruel y podría tener como causa algo que él mismo confesó en su autobiografía: “Fui esclavo de la pasión al concebir a Harilal”.

O:

“Tuve una vida imperdonablemente carnal durante la infancia de Harilal”. Koestler nos dice:

“Sin duda, Gandhi estaba expiando sus propios pecados en sus hijos. Mediante sus esfuerzos por evitar que se casaran, intentaba privarlos de su virilidad, convencido de que tenía ese derecho puesto que él había renunciado a su propia sexualidad”.

Invariablemente, Gandhi se refería al acto amoroso como “la pasión animal” y al papel desempeñado por la mujer como el de una “víctima” u “objeto”. Respecto al deseo sexual de las mujeres, aconsejaba: “Que transfieran su amor a toda la humanidad, que olviden que alguna vez fueron o pueden ser objeto del deseo de un hombre”. Frase terrible que nos recuerda otra en sentido opuesto a la de Albert Camus: “Conozco algo peor que el odio: el amor abstracto”.

El acto sexual sólo era permitido con fines de procreación y, mientras menos veces, mejor; realizado por placer equivalía a un total regreso al “estado animal”.

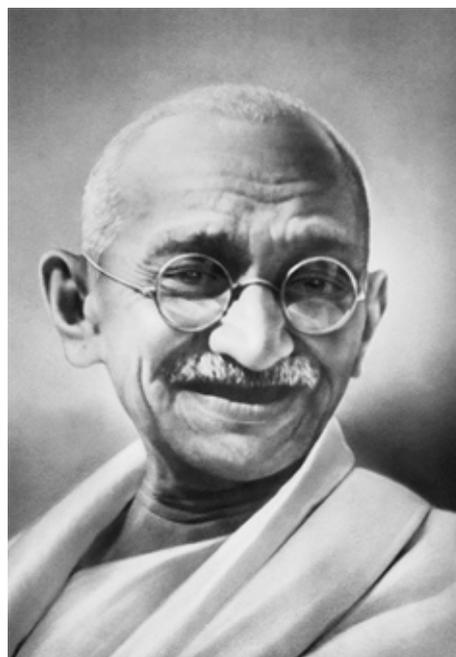
Si una familia quería tener tres hijos, por ejemplo, lo ideal era que tuviera *sólo tres relaciones sexuales* en su vida. Gandhi rechazaba sin condiciones el control de la natalidad, incluso dentro de los límites permitidos por la Iglesia católica, lo que ya es decir. ¿Cómo sería una plática al respecto entre Gandhi y nuestros últimos Papas? ¿Será, como decía el propio Camus, que el odio hacia el placer es reflejo de un odio hacia la humanidad y de un ateísmo en potencia? ¿Y entonces la santidad de nuestros más prestigiados santos?

El propio Gandhi cuenta la importancia (negativa) que daba a las relaciones sexuales entre sus familiares y amigos en un pasaje que incluye en su autobiografía. Estando lejos de su *ashram* se entera de que dos de sus discípulos predilectos han cometido el pecado imperdonable de amarse carnalmente. Su reacción habla por sí sola:

“En una ocasión, cuando estaba en Johannesburgo, recibí la nueva de la caída moral de dos miembros del *ashram*. Las noticias sobre un fracaso o revés en la lucha (política) no me impresionaban, pero esa noticia me cayó como un rayo. El mismo día tomé un tren para Fénix. El señor Kallenbach insistió en acompañarme. Se había dado cuenta del estado en que me hallaba. En la ruta vi claramente cuál era mi deber. Sentía que el guardián o maestro era responsable, hasta cierto punto, del error de su discípulo... También me pareció que los culpables sólo se darían cuenta de mi pena y de la profundidad de su falta si yo hacía penitencia. Así que me impuse un ayuno de siete días e hice voto de tomar sólo una comida durante un período de cuatro meses y medio. El señor Kallenbach intentó disuadirme, pero en vano. Finalmente, aceptó lo apropiado de la penitencia e insistió en unirse a mí... Mi penitencia mortificó a todo el mundo, pero aclaró la atmósfera. Todos se dieron cuenta de lo terrible que es ser pecador”.

La abstinencia sexual puede procurar beneficios espirituales a las comunidades de monjes o monjas que están segregadas del sexo opuesto y cuidadosamente protegidas de la tentación. Pero Gandhi se había buscado una ruta muy especial y

ardua hacia el *brahmacharya*; se sentía obligado a exponerse a la tentación a fin de comprobar los progresos del control sobre sí mismo. Consideraba que esas pruebas (que continuaron hasta el final, cuando ya casi tenía ochenta años) eran una aventura de pionero, otro “experimento con la verdad” (como tituló su autobiografía). Los experimentos comenzaron con su propia esposa tras haber hecho el voto, y continuaron con otras mujeres más jóvenes. En una carta dirigida a Bose, justificando estas prácticas, Gandhi decía:



Mahatma Gandhi

“Me sorprende que usted suponga que mi experimento supone la inferioridad de la mujer, como sucedería si yo la mirara con deseo, con o sin su consentimiento. Siempre he creído en la igualdad perfecta del hombre y la mujer. Mi esposa era ‘inferior’ cuando era el instrumento de mi deseo. Dejó de serlo cuando se acostó desnuda junto a mí como una hermana. Si ella y yo no nos agitamos lujuriosamente en nuestras mentes y cuerpos, el contacto nos eleva a ambos.

“¿Debe haber diferencia si no es mi esposa, como ella lo fue, sino alguna otra hermana? Espero que no me atribuya deseos lujuriosos hacia las mujeres o muchachas que han estado desnudas conmigo como Manu”.

La Manu mencionada en la carta era la nieta de un primo, Kasturbai. Había per-

dido a su madre cuando era niña y Kasturbai se había ocupado de ella. A la muerte de Kasturbai, Gandhi se hizo cargo de la chica. “He sido un padre para muchas personas, pero para ti soy una madre”, le escribió. Por extraño que parezca, esperaba que ella lo viese literalmente como una madre, hasta el punto de que Manu escribió un libro titulado: *Bapu, mi madre*. Esta “chica en flor de dieciocho años”, como la llamaba Gandhi, afirmaba estar libre de todo deseo sexual.

Aparentemente, Manu no sentía ninguna vergüenza de acostarse desnuda junto a él. Agradecía a Gandhi sus servicios cuidándole durante sus enfermedades y ayunos. En su diario apuntaba, entre dos mensajes políticos, los efectos del enema que le había aplicado y algunos detalles: “Mientras se bañaba, Bapu me decía palabras con gran cariño y también me acarició la espalda”.

Para Gandhi, sin embargo, ese fue un experimento crucial. Si tenía éxito, “demostraría que su búsqueda de la verdad había tenido éxito. *Su sinceridad impresionaría a los musulmanes, sus oponentes de la Liga Musulmana*, e incluso a Jinnah, quien dudaba de su sinceridad”.

Gandhi creía, sinceramente, ser un instrumento de Dios, quien “me guía para que reaccione ante las situaciones que se producen”. Pero el instrumento debe ser puro, estar libre de deseos carnales y para alcanzar esa libertad tenía que pasar por sus experimentos en *brahmacharya*. Eso “le ponía en contacto con el infinito”.

También escribió a Acharya Kripalani, presidente del Congreso, lo siguiente: “Esta es una carta muy personal, pero no privada. Manu Gandhi, mi nieta... comparte el lecho conmigo, los dos desnudos y sin una sombra de deseo sexual. He reflexionado profundamente sobre esta cuestión. Todo el mundo puede renegar de mí, pero yo no abandonaré lo que creo que es la verdad para mí y se sabrá tarde o temprano. Ya con anterioridad me he arriesgado a la perdición. Sea pues esta la realidad si es que ha de serlo”. Y pide a Acharya que la transmita y discuta la cuestión con otros políticos... en plenas negociaciones por la independencia. **U**